

EX OFICIAL DE SASTRE O DE VELERO ERA
UN ARQUETIPO DE FEROCIDAD CAVERNARIA

"Ramón Méndez nació en Ario; era hijo de un velero y en su mocedad ejerció este mismo oficio; más pareciéndole muy humilde para su ambición, solicitó entrar como escribiente —tenía muy buena letra— en la Oficina de Rentas de aquel pueblo, pasando luego con igual empleo a la de Huetamo; sin embargo, como le agradaban más los gallos, la **paseada**, las aventuras de todo género, abandonó su empleo y fué a buscar la suerte en la ciudad de México. Al comenzar el gobierno de Santa Anna, en 1853, fué cogido de leva e ingresó a la fuerza que mandaba el general Tavera; se desertó una vez, y aprehendido, fué castigado con un banco de palos. Se propuso entonces servir bien en el ejército, y su instrucción en la escritura y en la contabilidad, su talento natural, su audacia, su valor nunca desmentido y su vocación a la carrera de las armas, que entonces se reveló en él, lo colocaron sobre el nivel de sus compañeros. Al triunfo de la revolución de Ayutla era capitán del ejército del dictador, desempeñando el empleo de pagador en tiradores de la guardia; en la guerra de Reforma, militó a las órdenes de Márquez, conquistando sus charreteras de comandante de batallón. Siempre al lado de Márquez, hizo la campaña contra el gobierno en 1861 y 1862 y se unió luego al ejército invasor, figurando en el sitio de Puebla con el empleo de teniente coronel, mandando el batallón que se llamó después del Emperador, la mejor tropa **mexicana** del Imperio, que contaba en su seno a los veteranos del antiguo ejército reaccionario".

Otro es el oficio que, a diferencia del licenciado Ruiz, atribuye el belga Vander Smissen, al chacal de Ario, según nos lo comunica Emilio Ollivier, en las líneas que transcribimos: "Maximiliano al quedar abandonado, necesitaba imperiosamente del apoyo de un ejército vernáculo. De él escribía el teniente coronel Vander Smissen, al ministro belga: En Bélgica no pueden formarse idea del ejército mexicano, esto es, de los cinco o seis mil bandidos que lo componen, mulateros, oficiales panaderos, llegados de la noche a la mañana al grado de coronel. Méndez mismo, uno de los mejores, hace doce años oficial de sastrería, perseguido en México por robo de pañuelos".

Con semejante opinión, era imposible que el propio Vander Smissen ni los demás filibusteros belgas a sus órdenes, se le subordinaran, cuando Méndez fué nombrado por Maximiliano comandante superior de Michoacán.

Su proceder impío con los enemigos, corre parejas con el de Márquez.

POR LOS ASESINATOS DE ARTEAGA Y SALAZAR SE
LE CONFIEREN EL ASCENSO Y GRANDES HONORES

Una vez que coge prisioneros a los inmaculados patriotas Arteaga y Salazar, los fusila inexorablemente; cuando ni siquiera habíase hecho pública en Michoacán la inhumana ley de 3 de octubre de 1865, cuya expedición habrá de ser uno de los elementos decisivos para que Maximiliano, al expirar su imperio, sea pasado por las armas.

Y en compañía de aquellos dos héroes de la segunda independencia nacional, Méndez ejecuta a otros varios defensores de la patria.

Infames ejecuciones que le son premiadas por Napoleón III con el grado de Oficial de la Legión de Honor; por el archiduque, con la banda de general efectivo de brigada.

Sin embargo, y aunque se resista uno a creerlo, aquella misma fiera humana que tan implacable se mostraba en la persecución de quienes combatían por la integridad de México; llegó a entablar negociaciones para defezionar e incorporarse en las filas de los republicanos. El licenciado Ruiz, traslada a su obra, "Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán", muy elocuentes datos al respecto:

"He aquí como consigna Rubio, dice, estos rumores respecto de Méndez:

"Hallándose en Pátzcuaro (Méndez) provocó, con gran sorpresa para el general Arteaga, arreglos reservados de alta trascendencia, pretendiendo pasarse al servicio de la República.

"Las condiciones que para abandonar el Imperio sentaba Méndez eran éstas: que se le daría el ascenso inmediato a general de brigada, y se le conservaría, invariablemente, en el mando de las tropas con que ingresara al Ejército Nacional.

"En las difíciles circunstancias porque los independientes atravesaban, después de haber perdido la mayor parte de sus elementos en la jornada de 16 de julio, y cuando no podía esperar ningún auxilio extraño, era de creerse que la proposición los sedujese sin dar tiempo a reticencias ni a regateos. Sin embargo, la desgracia había traído consigo una prudente desconfianza: bien pudiera ser que las redes de Miramar quisiesen envolver a las tropas de la República para sacrificarlas indefensas. Méndez lo dejaba entender muy claramente, al imponer por condición que sus tropas no mantendrían otra autoridad que la suya.

"Discutiase el punto indicado, cuando el cabecilla Méndez, queriendo sin duda explicar verbalmente sus proposiciones para que se le admitiese en las filas de la República, invitaba al general D. Nicolás de Régules para una conferencia privada en las cercanías de Pátzcuaro. Dado por este jefe conocimiento de tal llamado al Cuartel General, Arteaga se inclinaba porque acudiera a la cita, que no podía traer ningún compromiso; pero Régules se excusó rehusando semejante conferencia, y allí quedó todo".

CON SU BESTIALIDAD INAUDITA RAMON MENDEZ
INUNDABA EN SANGRE EL ESTADO DE MICHOACAN

De otras de las más espeluznantes muestras de la índole cavernaria de Méndez, nos ofrecen pálido reflejo las siguientes líneas:

Hecho preso por sorpresa en Corral de Piedra el patriota campirano Nieves Sosa, condújosele entre cadenas a Ario para fusilarle; pero fueron tan vehementes las instancias de los vecinos para que Méndez lo indultara, que éste empeñó su palabra de honor, a las señoras implorantes, entre quienes se hallaba su anciana madre adoptiva, de que el cautivo no sería muerto. Sin embargo, al salir para Pátzcuaro había dejado ya instrucciones terminantes al teniente coronel Rodríguez comandante militar de la población; quien sujetó a Sosa a un consejo de guerra, y una vez dictada la fatal sentencia, ordenó hacer los preparativos de ejecución, que debería llevarse a cabo en la fecha que Méndez regresase. A su encuentro salieron las damas, seguras de que respetaría el compromiso con ellas contraído.

Una vez que le hubieron saludado, el ex oficialillo sastre ordenó en alta voz que el fusilamiento fuera suspendido; pero, con la falacia propia de los traidores, al mismo tiempo guiñó casi imperceptiblemente un ojo al emisario que debía transmitir el acuerdo de perdón.

"El ayudante y el teniente coronel Rodríguez anduvieron tan listos, que en el acto fué sacado Nieves Sosa de la capilla, y con la cadena al pie, conducido junto a la iglesia, en donde fué asesinado. Las señoras oyeron los disparos, y llenas de indignación increparon a Méndez, diciéndole una de ellas:

"—Dejara usted de ser traidor".

"No se contentaron los asesinos con lo hecho, sino que mandaron levantar un poste y de él colgaron el cadáver, sin permitir que se le diera sepultura".

La madre adoptiva de Méndez, doña María Bejarano, falleció de indignación a los dos días, y sus últimas palabras fueron para maldecir al "traidor Méndez".

SOLAZABASE EN SUJETAR A LOS PRISIONEROS
A HUMILLANTES FATIGAS Y LARGAS CAMINATAS

Una de las más íntimas satisfacciones del desalmado imperialista, en cuanto cogía enemigos prisioneros, era obligarlos a hacer inmensas caminatas a pie, así para exhibirlos como fieras encadenadas, cuanto para aumentar sus penalidades, antes de hacerles subir al cadalso.

En esa forma llevó en peregrinación a los republicanos que logró capturar en el rancho de La Raya, por Zamora, por Uruapan, por Pátzcuaro. "De allí envió a Quiroga a veinte de ellos, oficiales y algunos soldados belgas y franceses —de los que habían defecionado— para que fuesen fusilados en aquella villa, lo que se verificó... después de doce días de camino en que se trajo exhibiendo a sus víctimas. Los traidores fusilaban irremisiblemente a todos los extranjeros que militaban en las filas liberales y que caían en su poder".

Precursor, como tantos otros de sus conmlitones, de los procedimientos que en nuestra época había de adoptar la Gestapo para los campos de concentración, cuéntase que, ya a punto de salir de Morelia rumbo a la ratonera de Querétaro, impuso un

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
M. A. N. L.

préstamo exorbitante entre los hacendados y comerciantes de la localidad, "... y como se resistiesen a pagarlo, los mandó poner presos con orden de que permanecieran en pie, sin hacer movimiento alguno, hasta satisfacer las cuotas respectivas. En vano eran las lágrimas de las familias de las víctimas, en vano ofrecer pagarés a cortos plazos. Aquellos infelices no quedaron libres sino hasta el día siguiente, cuando cubrieron el préstamo, haciendo sacrificios onerosísimos para conseguir el dinero".

Como se ve ni con los civiles ajenos a la lucha, ni con los militares que caían en su poder, aquel monstruo refrenaba su saña ni su encono.

En Barranca Honda, coge prisionero al coronel Juan Valencia, después de una sorpresa que los reaccionarios dieron a los republicanos. El cautivo estaba muy gravemente herido; pero ni por estar yéndosele la vida por la sangre que de sus venas fluía, mueve a compasión al feroz jefe imperialista, que ordena el fusilamiento, y una vez que Valencia es ejecutado, manda suspender el cadáver de un poste que en la plaza de Zitácuaro sostenía un farol.

Sus apocalípticas cargas de caballería en que la muerte parecía ir a horcajadas en la grupa de sus dragones, aumentaron la macabra celebridad de Méndez.

En el combate sostenido en Tacámbaro a mediados de julio de 1865, mismo que habiendo principiado a las doce del día concluyó antes de las dos de la tarde con la derrota de los liberales: "El coronel Ramón Méndez destacó al coronel Wenceslao Santa Cruz sobre la muchedumbre de dispersos. Santa Cruz era un jefe español que había abrazado la causa del Imperio y que odiaba a los mexicanos. Mandaba el 4o. cuerpo de caballería, y en aquel día hizo montar a la grupa de sus jinetes otros tantos infantes. A medida que iban alcanzando a los fugitivos los mataban sin piedad, bajándose los infantes a fusilarlos. Creo que en nuestras revueltas jamás se había dado el caso de una carnicería igual..."

En Cruz de Caminos, Méndez da alcance a una guerrilla republicana, la de Solorio, a la que despedaza, "y no pudiendo hacer prisionero a ninguno de los dispersos, se apoderó de siete rancharos pacíficos y los fusiló sin concederles los honores de un proceso, siquiera fuese éste tan sumario como lo prevenía la ley de 3 de octubre".

EN REPRESALIA POR LA MUERTE DE UN OFICIAL ORDENA FUSILAMIENTOS EN NUMERO INCREIBLE

Para vengar la muerte, en combate, de uno solo de sus oficiales, apellidado Pineda, a quien estimaba particularmente, Méndez contó a los prisioneros que tenía en su poder, los que sumaban el número de ciento, y los dividió en dos categorías; una de ellas de oficiales y soldados de caballería voluntarios, y a todos los pasó por las armas en Puruándiro.

Pero no había de tardar a la postre en cumplirse la terrible sentencia: "el que a hierro mata a hierro muere". Descubierto en Querétaro, a la hora del triunfo republicano y por un infeliz sastrecillo jorobado a quien Méndez en su soberbia había ofendido gravemente, el fenomenal indígena tarasco acabó la larga carrera de sus crímenes en la Alameda de la ciudad que fué el sepulcro de la aventura imperialista, fusilado por la espalda, como es costumbre ejecutar a los traidores.

Hemos presentado a algunos de los más conspicuos caudillos militares del clericalismo, y creemos que con estos bastará para que el lector aprecie las prendas que a la inmensa mayoría de ellos adornaban; pues de seguir enriqueciendo la galería no bastarán quizá los tomos de una extensa biblioteca.

Dejaremos en el tintero a tipos como Félix M. Zuloaga, que de gancho de garitos salta hasta el generalato y hasta la Presidencia del país; o Manuel Lozada, el otro "Tigre", el de Alica, que de hecho mantenía sustraídos a toda influencia gubernamental los territorios que depredaba. Forajido muy temible que, sin embargo, mereció en premio de sus meritorias hazañas, de Maximiliano, una espada de honor, y de Napoleón III, emperador de los franceses, el nombramiento de oficial de la Legión de Honor.

Y nos los dejaremos, porque la masa del heterogéneo ejército reaccionario, la chusma de bandidos de que hablaba Van der Smissen, entre los que los hubo dotados de ese valor temerario en que es tan pródiga la sangre mexicana, está reclamando nuestra atención.

EL REACCIONARIO ERA UN EJERCITO DE FORZADOS Y DE DESECHOS SOCIALES

Casi en su totalidad las clases y tropa del ejército reaccio-

nario, se formaban con la escoria de la sociedad. Individuos forzados que caían en las trampas dispuestas para cogerlos de leva, enfundarles el uniforme, hacerles empuñar el fusil y despacharlos al matadero.

Cuando algunos de aquellos infelices se mostraban remisos, en los cuarteles multiplicábanse las carreras de baquetas, y para apagar los ayes de los olvidados de Dios, las bandas militares ejecutaban sus más estrepitosas marchas.

También había en filas infortunados campesinos, hombres ignorantes, pero útiles y vigorosos, con cuya sangre sus amos contribuían, para congraciarse con los franceses y con el archiduque.

La mayoría de aquella hez social y de estos rudos hombres de trabajo que iban a dar a filas, incapaces de discernir sobre partidos políticos ni sobre tendencias sociales, acaba consagrando, como el can a su amo, una ciega adhesión al jefe que inmediatamente les mandaba.

De allí que las impresiones que dejaran grabadas en los comentaristas que al respecto escribieron, sean tan contradictorias.

Permítasenos que repitamos aquí algunos conceptos del belga Van der Smissen: "En Bélgica, expresa este soldado de fortuna, no pueden formarse idea del ejército mexicano, esto es, de los cinco o seis mil bandidos que lo componen, mulateros, oficiales panaderos, llegados de la noche a la mañana al grado de coronel... El mismo Méndez, uno de los mejores, hace doce años era oficial de sastrería, perseguido en México por robo de pañuelos. Para disponer de hombres, había que cogerlos a la fuerza y conducirlos al cuartel entre dos filas de bayonetas. Pero en cuanto se les llevaba a través de un cañamalar donde pudieran esconderse, desertaban".

Otro autor, expresa: "Del ejército mexicano, cuya formación preconizaba vivamente Napoleón III, más valdría no hablar. Comprendía apenas 3.000 indios, que por todo armamento tenían un fusil y una bayoneta y, sujeta a un cinturón demasiado ancho, una deforme cartuchera; aquellos soldados eran reclutados por la fuerza o por la astucia en los presidios o en las encrucijadas. Huerta, gobernador de Morelia, era célebre por sus reclutamientos: una noche ordenó a una patrulla que reco-

riese las calles, con la música a la cabeza, y se llevara a todos los hombres que acudiesen a la cita. Otra vez anunció una corrida gratuita y echó mano de todos los que habían entrado en la plaza: los mozos, para servir, y los burgueses acaudalados, para que pagasen la vestimenta de los reclutas. De todo esto resultó un ejército de harapientos, salteadores y pordioseros, de los que solamente se podía esperar la traición o el pánico".

Castelnau, cuyo juicio sobre los legionarios extranjeros no es nada halagüeño tampoco, y que exhibe a esos soldados como temibles depredadores, que infringían constantemente las más elementales leyes del honor militar, y para quienes la palabra empeñada no tenía valor alguno; rindió a Napoleón este informe sobre el ejército imperialista:

"El llamado ejército regular mexicano, está en tal estado de desorden y disolución, tan miserablemente compuesto en oficiales y soldados, que es imposible depositar en él confianza de ninguna especie. Todos los días defecciones y pronunciamientos; no resisten al enemigo sino por excepción, y muchas veces se pasan al enemigo a la hora del combate. Durante las marchas sus filas disminuyen en cada jornada hasta reducirse a veces a un puñado. Los oficiales improvisados, sin instrucción ni experiencia ni moralidad ni honor, están, bajo todos conceptos, a la altura de sus soldados..."

SEGUN EL PADRE MIRANDA SOLO POR EL MENDRUGO QUE LES ARROJABAN SE AGREGABAN AL INVASOR

El padre Miranda, aquel exaltado y pintoresco sacerdote aventurero, cuya parcialidad, en todo cuanto al partido conservador concierne, está fuera de duda; no se mostraba más indulgente en sus fallos sobre aquel ejército sanguinario, vandálico y desleal. En carta escrita el 12 de mayo de 1863 a su entrañable amigo y correlativo Rafael de Rafael, a la vez que pone cual digan dueñas a los clericales, entre los que naturalmente cuéntase, habla así de los soldados intervencionistas:

"... Pasaré en seguida a darte una idea del estado en que vine a encontrar el pequeño cuadro de los mexicanos que se habían incorporado al ejército francés. Almonte, despojado del título de Jefe Supremo por el famoso decreto de Forey, conservaba, sin embargo, el simulacro de Ministerio que había for-

BIBLIOTECA ALFONSIANA
UNIVERSITARIA

mado desde un principio, y todos los días, aunque sin tener nada que hacer, ni que tratar, se reunían los oficiales mayores en la casa del Jefe Supremo; Forey se servía de Almonte, como de conducto de comunicación para los asuntos de los mexicanos, y Márquez de hecho quedó de General en Jefe. Sus tropas, de seis mil hombres que tenía al principio, estaban reducidas, en el tiempo a que me refiero, a cerca de dos mil. La caballería había concluido en la tierra caliente, y todos los jefes, oficiales y soldados estaban desnudos y muertos de hambre. Su falta de disciplina, sus hábitos inveterados de vandalismo y sus verdaderas necesidades, que nunca quiso socorrer el general Lorencez, habían ocasionado el exterminio y asolamiento de todos los lugares que ocupaban o que visitaban los **marqueses**, como los llamaban los franceses a los soldados de Márquez, quienes en su desenfreno cometieron en las rancherías todo género de violencias, hasta obligar a los jarochos a levantarse contra ellos para defender sus propiedades y familias. Los mismos generales iban en persona a robarse los ganados para venderlos después a la proveeduría francesa. El mal que los **marqueses** hicieron, todavía lo resentimos; pues desde su levantamiento hasta ahora no han dejado de hostilizar los convoyes, ni han podido volver a la paz. Algo cesó el desorden cuando se presentó Forey y comenzó a cubrirse el presupuesto del ejército mexicano por la Intendencia francesa; pero como el desorden de los nuestros es tan profundo, no han podido evitarse muchos escándalos, como los que da, entre otros, el Jefe de la Legión de Honor, que en presencia del ejército francés y de todo el mundo seduce a una joven, hace que abandone a su familia y la mete en una carretela, que se roba con todo y caballos, y así marcha a la campaña. Me fijo en este hecho por haberse perpetrado por el Jefe de la Legión de Honor, general Taboada, y quien, por lo mismo, debe suponerse que es de lo más decente del ejército. La Legión de Honor, **o de horror**, como la llaman los pueblos, se formó de los capitanes, tenientes coroneles y coroneles que quedaron sueltos en la organización que se le dió al ejército a la llegada de Forey. Tiene esa Legión tanto honor, que a cabeza de silla jalaba en los malos pasos la carga que llevaba su digno Jefe. Menudencias son estas que bien revelan el estado de nuestros valientes. Estos no tienen ideas ni sentimientos de ningún género, con excepción de una docena. Aceptan la intervención sin saber lo que significa y lo que busca; han permanecido a su lado por el mendrugo de pan que por ella reciben; por lo demás, yo no encuentro nin-

guna diferencia entre el ejército de Juárez y el de Márquez. Ambos ejércitos son idénticos en su instrucción, en su disciplina, en su inmoralidad y en todo. El llamado de Márquez tiene, además, la cualidad de la desunión; no hay un solo jefe de prestigio, pues el mismo Márquez se hace reconocer en fuerza de que sus soldados más parecen presos que soldados; y de paso te diré que este general es uno de los opositores a la monarquía, porque, habiéndose llenado de ambición, no puede menos que ver con sentimiento que se derrumba la silla presidencial".

Huelga recalcar que la diferencia que el padre Miranda no acertaba a descubrir entre uno y otro ejércitos, residía en que el republicano, improvisóse, con las explicables deficiencias de toda organización improvisada, que se lleva a cabo con urgencia y por imposición de las circunstancias, para defender a la Patria contra la intervención extranjera; mientras que el ejército clerical, el cual ya hemos visto de qué clase de elementos humanos estaba integrado, trabajaba precisamente por entregar el país a los intrusos. Y tan grande o mayor la distancia que de sus antagonistas separaba a los leales y pundonorosos jefes militares al servicio de la República.

LA REVISION DE DESPACHOS DE OFICIALES ORIGEN DE IMPOSTURAS Y DE DEFECCIONES

Militares oportunistas, ayunos de convicciones, más allá de todo límite impúdicos, que no habían visto en el imperio sino, ora un expediente de medro, ora un posible ascenso, ora la impunidad en crímenes que estaban clamando justicia, era un conjeturable mando sobre zonas del territorio, pingües a la exacción y dóciles al capricho del jefezuelo en ellas dominante; era natural que abandonaran a los intrusos en cuanto veían defraudadas las esperanzas de prosperar su fortuna.

Kératry relata que, en cuanto se puso en ejecución el acuerdo dictado para que empezaran a funcionar las comisiones permanentes que revisaban los despachos de los oficiales de toda graduación; la medida, de imperiosa necesidad ante la existencia de estados mayores y de cuadros excesivos, ruinoso para el tesoro, "...levantó tempestades y dió origen a inevitables defecciones, porque oficiales y coroneles en crecido número habíanse improvisado tales de su propia autoridad para ejercer la rapiña sobre los caminos reales".

A PESAR DE TODO JAMAS DEJO DE ACUDIRSE
AL ULTRAJANTE SISTEMA DE COGER LEVA

En lo tocante al bochornoso y vejatorio sistema de "coger **leva**", para proveer de carne de cañón al ejército; el gobierno de Maximiliano, a despecho de su aparente renitencia, no prescindió jamás del reclutamiento forzoso. "La **leva**, especie de presa militar, subraya Kératry, había sido anteriormente abolida por la regencia, obediente a una inspiración del mariscal Forey; el Imperio había ratificado la formal prohibición de recurrir a este sistema inhumano y brutal para reforzar las filas del ejército mexicano. A despecho de todo, la **leva** era cogida aún. Indios tomados a la fuerza por los **hacenderos**, la hez de la sociedad mexicana sacada de las prisiones públicas, esos eran los pobres elementos que los prefectos políticos de las provincias se obstinaban en poner a disposición de los comandantes franceses; con lo que se podrá comprender lo que nuestros propios voluntarios, que tenían dignidad personal, deberían sentir al codearse en sus filas con compañeros de armas que habían trocado la cadena por el fusil..."

El comandante del recién organizado batallón de "cazadores", en carta que dirige al mariscal Bazaine por 15 de septiembre de 1866, se le queja amargamente del reclutamiento compulsivo: "Acábase de adoptar el reclutamiento por la **leva**, a pesar de las instrucciones del Emperador. En tal virtud, el comisario imperial Iribarren, pretendía dejar encomendados a mi custodia y manutención a seiscientos juaristas, todos ellos prontos, como nadie aquí lo ignora, a volverse contra nosotros en la primera oportunidad, y esto en el momento en que debemos evitar a toda costa armar en el interior a cierto número de enemigos... Por lo demás, no acertaría yo a aceptar el mando de soldados de **leva**, prisioneros que es preciso conservar a la vista noche y día, en el combate como dentro de las poblaciones. Con un reclutamiento de esa especie, la misión de organizar y de instruir, es imposible..."

"Declárome, pues, incapaz de mandar un cuerpo sometido a reclutamiento semejante; y esta declaración, señor mariscal, me la impongo como un deber, para rogaros os sirváis retirarme el mando del... **batallón de cazadores**".

Y, en otra carta, del 23 del mismo mes y año, el remitente avisa a Bazaine: "Se ha echado **leva** para formar la guardia,

a lo que cada habitante debía cooperar. Pero muchos de ellos se eximieron mediante algunos pesos. Solamente nos llegan vagos, enemigos declarados a quienes ha sido necesario mantener en reclusión..."

MUY POCA SIMPATIA INSPIRABAN AL ARCHIDUQUE
LOS SOLDADOS MEXICANOS QUE LE ERAN ADEPTOS

"Propiamente hablando, el ejército nacional no existía; al menos no era sino una aglomeración sin consistencia de hombres que obedecía a tal o cual jefe, y que no había sido posible someter a una centralización enérgica de mando y administración; excepto las divisiones Mejía y Márquez, las tropas mexicanas se empleaban en las expediciones como un agregado a las columnas francesas", afirma Niox.

El mismo agrega que, a Maximiliano: "Los soldados mexicanos le inspiraban poca simpatía. Los indios enclenques, desmañados, mal vestidos, tenían, en verdad, una triste apariencia militar, y no ofrecían nada que pudiese halagar el amor propio de un soberano; así es que se había cuidado poco de saber qué partido podía sacar de esas pobres gentes. En cuanto a los oficiales, lo que de ellos había oído decir, lo que había visto por sí mismo, no era a propósito para corregir la mala impresión producida por el aspecto exterior de los soldados. El emperador Maximiliano tenía, pues, en poca estima al ejército mexicano: lo desatendió, y el día que se ocupó de él, sólo fue para arruinar la poca organización que poseía, y reducir su efectivo, so pretexto de que costaba demasiado".

"El 7o. batallón de línea enviado a Yucatán, se componía, según informe del general Casanova, de dos oficiales superiores, doce subalternos más o menos capaces, que no tenían sable ni pistola, diez sargentos, seis cabos, sesenta vagabundos varias veces condenados y ciento quince deportados; así es que aquel jefe, que debía conducir dicho batallón, se rehusaba a partir si no se le hacía acompañar y guardar por otra tropa de efectivo igual al menos".

PERO A PESAR DE TODO LOS INDIVIDUOS DE TROPA
ADMIRABAN POR SU FRUGALIDAD Y POR SU VALOR

Y, sin embargo, Alberto Hans, el oficial francés que sirvió en el ejército de Méndez, en Michoacán, y después hasta la

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
M. A. N. L.